

por quien ellos lo sacrificaron todo, era mejor que la nuestra. ¿Merecía más atenciones ó mayores sacrificios? ¿Estaba destinada á mejor pátria ó mayor gloria? Nada de eso, mis amados. Si ellos fueron convidados á las bodas del Cordero celestial, tambien lo hemos sido nosotros; si estuvieron marcados con el sello de la adopcion de hijos de Dios, tambien lo estamos nosotros. Las fuentes del Salvador no corren ahora con ménos abundancia para nosotros, que corrian entonces para ellos; las bondades y misericordias del Señor no se han abreviado en nuestros dias. Pues ¿qué nos falta para no emprender con empeño como ellos el camino de la gloria? ¿Sabeis qué? Lo que dije en mi propuesta. Nos falta la voluntad, y nada más que la voluntad, todo lo demás está dispuesto; todo nos está preparado para este gran viaje. Ley, redencion, gracias, sacrificios, sacramentos... todo está pronto; el camino está patente; los Santos que le anduvieron nos convidan con instancia á que caminemos por él, y nos llaman desde el cielo. ¿Pues en qué nos detenemos? ¿por qué no entramos en él? exclama aquí san Cipriano: ¿por qué no andamos? por qué no corremos á ver nuestra hermosa pátria, á vivir con los Santos nuestros hermanos, á pasear entre los coros de los ángeles, á ver á Dios y gozarle eternamente? *¿Quare non properamus? ¿quare non currimus?*

Soberano Señor Sacramentado: Vos sois el camino, la luz, la fortaleza y la vida. Alumbrad nuestro entendimiento, fortaleced nuestro corazon, inflamad nuestro espíritu, dirigid nuestros pasos... Ayudadnos, Viático Soberano, Compañero Divino... ayudadnos en nuestro viaje al cielo hasta colocarnos en el templo de vuestra gloria, para que vivamos y reinemos eternamente con Vos, que vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

## FE TRIUNFANTE

(LA)

EN LO PASADO Y EN LA ACTUALIDAD.

*Ecce ego vobiscum sum usque ad consumationem sæculi.*

Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

(MATTH. XXVIII, 20.)

Hermanos míos, ¡admirable es el destino del Cristianismo! Despues de haber vencido al universo con el poder de Dios, que estaba con él; despues de haber brillado en el mundo por espacio de diez y ocho siglos, ahora se le llama de nuevo ante el tribunal de los hombres, y de nuevo se le exige que dé razon de su origen y de su divinidad.

¡Hoy nos vemos obligados á hacer ante el mundo la apología de Dios!

Han pasado ya mil y ochocientos años, y aún podemos dirigir á no pocos hombres de nuestro siglo estas palabras de Tertuliano á los emperadores paganos: «Permitid que la voz de la religion se alce ante vosotros, no porque ella tenga necesidad de vuestra conmiseracion, no porque su condicion en la tierra la asombre, pues sabe que debe hallar tantos enemigos como discipulos, y su descanso y su pátria están en el cielo: solo pide que ántes de que pronuncieis su sentencia, la conozcais.»

El día de hoy se comprueba aún la verdad de estas palabras: hoy la religion cumple con su peregrinacion en medio de los dolores y de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, y hoy tambien no pide otra cosa sinó que se la conozca.

No vengo en esta circunstancia á demostraros el poderío interior de la fe, así en nuestro tiempo como en lo pasado: vengo ahora á hacerlo de su poderío exterior; y en tanto que se la supone desfallecida, la mostraré fuerte con el poder de Dios.

La fe, victoriosa en lo pasado: ved aquí el objeto de la primera consideracion.

La fe, victoriosa en la actualidad: el de la segunda. A. M.

1. Mientras que los romanos, señores ya del mundo, descansaban de sus victorias en el seno de la voluptuosidad, hé aquí que doce pescadores de Galilea que acababan de dejar sus redes, reunidos en un cenáculo de Jerusalem, hablaban de enseñar al universo, de convencer á los filósofos, y de hacer que los dioses y los hombres se encorvasen ante los instrumentos del suplicio que humeaba todavía con la sangre de su Maestro.

Y en seguida, sin detenerse á la vista de los inmensos obstáculos que hallarian desde sus primeros pasos y que iban á destruirlos, vedlos aquí que se esparcen por el imperio romano, armados con una cruz, su único tesoro, su ciencia, su filosofía, y el manantial de su entusiasmo.

Id, misiones sublimes de la gran Nueva, sembrad la verdad por el universo: un principio todopoderoso os impele: Dios está con vosotros.

Veinte años habian trascurrido apénas, cuando la Sinagoga vacilante y á punto de espirar, vieron la Palestina, el Egipto y la Etiopía levantarse en su seno un nuevo pueblo. Ved despues en Roma, esa reina del mundo, ved, digo, ese extranjero vestido groseramente y con una lengua bárbara, como ha establecido su morada cerca de los Césares. No ha reunido á sí sinó hombres pobres, desecho de la sociedad: ¿qué le importa? Quiere derribar del Capitolio al eterno Júpiter, y colocar en su lugar su humilde cruz. Conoce todo el peso del menosprecio que cae sobre él; sabe cuanta es la insensibilidad humana hácia su empresa; pero ¿qué importa? ¿No conoce tambien cuanto es el poder del signo que lleva en su mano? Escuchadle: habla de los destinos eternos de una religion cuyo nacimiento todos ignoran: hay en esto alguna cosa más que una concepcion sublime y desoida: la confianza del apóstol no es terrestre: Dios ha tocado sus lábios y le ha dicho: «Vé, enseña y muere.»

Y en efecto; esos hombres intrépidos fueron y colocaron el signo de la salvacion rociándolo con su sangre, felices de morir contribuyendo á la obra de la regeneracion.

Detengámonos un instante, hermanos míos, en esta época notable en que finaliza el siglo primero: cuando el Cristianismo, como un gigante se adelanta y se acrece, entónces despierta el paganismo repentinamente al ruido de las conquistas de este nuevo enemigo y reune todas sus fuerzas para destruirlo. Todo cuanto un culto que estaba identificado con la política y la legislacion, y que habia echado profundas raíces en las costumbres, podia sublevar las simpatías nacionales, todo cuanto las pasiones tenian de vengativas, y la filosofía

de sofismas, se llamó al socorro de las divinidades paganas contra una doctrina sin apoyo humano, y sin oponer al aborrecimiento universal más que un amor inmenso y una paciencia inalterable.

Pero, á la cabeza de estos hombres estaba una cruz, y ella era la garantía de la victoria. En el discurso de tres siglos, el imperio romano se convirtió en un anfiteatro donde la sangre corria, y en el que la lucha se prolongaba, y parecia que el infierno habia agotado su ciencia en el arte de destruir. Mirando los verdugos sus obras, se alababan de sus esfuerzos, y hubo un dia en que proclamaron el anonadamiento del Cristianismo. ¡Anonadado! ¡Oh locura de los hombres! ¿Dónde está el Cristianismo? preguntaban. Está en el circo triunfante entre los dientes de los tigres. Buscaban el Cristianismo y estaba en la cumbre del Capitolio mandando al universo. Ayer estaba pisoteado: hoy ha subido al trono, y el mundo le dobla la rodilla.

¡Oh cruz! símbolo de locura, como ellos decian: domina hoy el universo: sé la luz que ilumine y que civilize: persecuciones te aguardan; pero, á través de todos los peligros, tú sabrás permanecer en pié.

A semejanza de su divino Autor, que no tuvo donde descansar la cabeza, ha recibido la religion una mision doble: la de gloria y la de dolor.

Mil quinientos años han pasado desde que el símbolo del Cristianismo se ha colocado sobre el Capitolio, y no ha habido dia en que no se le haya arrojado alguna palabra de ofensa y de blasfemia. ¡Qué de cismas, qué de herejías veo desarrollarse en el trascurso de los siglos! La herejía, esta grande llaga de la Iglesia, apoyada frecuentemente en lo que más poderosamente influye en los espíritus, como la autoridad del génio, la severidad, la apariencia de las buenas costumbres, el imperio de los principios, enemigo pérfido que mata depositando en el seno de la sociedad semillas del error demasiado fecundas las más veces: Manés, Pelagio, Valentino, Arrio, Macedonio y otros mil... ¡Oh religion santa, cuántos enemigos se levantan en contra tuya y te hieren con redoblados golpes! Pero, honor sea dado á tu inmortal virtud; ellos pasan, y seria necesario hoy bajarse para percibir las señales de su paso.

¡Qué no me sea posible remontarme hasta las antiguas edades y mostraros la continuidad de los triunfos y de los combates del Cristianismo!

En el momento marcado por la Providencia divina, los bárbaros se arrojan sobre el imperio romano: en su marcha veloz, todo lo tras-

tornan, todo lo destrozan; pero un obstáculo se les aparece, y caen á sus piés asombrados de ese poder desconocido.

El islamismo, con la gumia en una mano y el Alcorán en la otra, se adelanta desplegando sus innumerables legiones: la Europa cristiana se presenta con la cruz en el pecho, y al grito de «Dios lo quiere,» detiene en su carrera á aquel formidable enemigo en medio mismo de sus conquistas.

Los días del oscurantismo llegaron para el mundo: la ignorancia echó su velo sobre las inteligencias, y parecía que la doctrina católica debería entónces alterarse á medida que la corrupcion extendia sus influencias ruinosas; pero el Cristianismo sale victorioso de esta prueba formidable: una sociedad nueva, llena de fe y de caridad renace de las cenizas de lo pasado: las costumbres se regeneran por medio de vigorosas reformas; nace Gregorio VII, y los días hermosos de la Edad media aparecen sobre el mundo.

El cisma acude en ayuda de la herejía: una parte del Oriente se separa de la silla de san Pedro: la Iglesia abre sus brazos, y nuevos pueblos se precipitan á ellos y ocupan el lugar de los tráfugas.

Venid, príncipes de la tierra, venid y luchad con ella: á pesar de todo vuestro poder tendreis que rendir las armas, y que reconocer vuestra impotencia, así para sostenerla, como para derribarla. Si la concedéis vuestra proteccion, la acepta y os bendice; pero si la rehusáis, sabe vivir sola... Y tú, que más tarde quisiste reformar la obra de Dios; tú, fruto desgraciado de la razon sublevada, ¿no querrás á tu vez probar tus fuerzas formidables? ¿Cuántas ruinas amontonas! Seducidos los pueblos, abandonan el estandarte sagrado para seguir á un monje apóstata. Pero pasa, pasa tambien. Es la Iglesia la que tú combates, ¡y la Iglesia no puede morir!

En efecto, ved que queda hoy de las doctrinas del siglo xvi: se pretende la reforma en esas mil creencias contradictorias, que no son otra cosa que una indiferencia sistemática, porque allí no hay ni religion, ni símbolo, ni union de las almas en una sola fé y en una recíproca caridad.

Adelantemos en esta historia de los triunfos de la Iglesia. La habeis visto resistiendo á la persecucion, á la herejía, al cisma, á la ignorancia: vedla ahora en lucha con un enemigo quizá más formidable.

Llega el siglo xviii, y se levanta una tempestad furiosa contra la obra de Dios. Hombres, que habían tomado el nombre de filósofos, salieron á empezar la lucha, cuyo éxito, segun ellos, no debía ser

dudoso: fijaron la época en que la filosofía iba á sentarse triunfante sobre los restos de la cruz. Se vió entónces desplegarse toda cuanta fuerza pudiera contenerse en el hombre contra Dios: se preguntó á todas las tradiciones, se consultaron todos los monumentos, y á su placer se hizo mentir á la ciencia. Espantada la verdad, no podia reconocerse á sí misma. Y ¿dónde estaba la religion? ¿qué era de ella? Por do quiera se la encontraba, lo llenaba todo, recibia los homenajes más significativos, los respetos del odio más implacable. Los sofistas, y aún los mismos verdugos, no veian otra cosa que la religion: ella les oprimia y les atormentaba como una fantasma vengadora; reunianse para resistirle, cubrianla de cieno y de blasfemias; se encarnizaban con lo que ellos llamaban un cadáver; pero no se aborrece tanto lo que carece de vida, ni los muertos sublevan contra sí tanto encarnizamiento; tambien cada día la víctima, firme como Dios, levantaba su mutilada cabeza siempre gloriosa. Cansados de un combate tan desesperado, en que se habían gastado los talentos, echaron mano á la cuchilla; pero cuanta más sangre derramaban, más quedaba en las venas de la religion; cuántas más cabezas hacian caer, más renacia aquella poderosa y formidable. En fin ¿quién la llevaba? Vosotros sabeis esta historia memorable: uno de los últimos actos de los sofistas trasformados en verdugos fué una correccion honrosa que Dios les impuso. Con su dedo sangriento escribieron en todos los edificios públicos destinados al culto una inscripcion, que puedo traducir con estas palabras: *Fraternidad!... ¡El pueblo francés reconoce la necesidad de la religion para gobernar la sociedad!* La fe los habia vencido. Ved aquí, hermanos míos, algo de la historia de la fe en lo pasado. Es tal el poder de la religion, que aún en las épocas más aparentes de menoscabo, subsiste indeleble en el fondo de nuestros corazones, y amada, ó aborrecida, permanece en las entrañas de la humanidad, sin que nos sea dado arrancarla de ellas, siendo preciso reconocerse sus servidores y proclamarla señora y reina. ¡Hombres! ¡cualquiera que seáis, que rehusáis reconocerla; pues bien, su pié vengador os hollará: no hay otra eleccion que su amor, ó su cólera; pero no he dicho demasiado para probar lo presente y lo porvenir. ¿Seria cierto que el poder divino que ha construido y sostiene el edificio cristiano, le haya abandonado? ¿Locura é impiedad!

2. La fe, victoriosa al presente, como en lo pasado; esta es mi segunda reflexion.

Habrà cosa de unos cincuenta años, que una nueva escuela arrojó en medio de nosotros palabras extrañas. Algunos hombres, engañado

(así deseamos reconocerlo) por sentimientos generosos, vinieron á enseñar al mundo, que el Catolicismo habia espirado, y que faltaba sólo cubrir su cadáver con un poco de tierra bendita. Era cosa maravillosa aquella espléndida piedad que ellos tenian por nuestras creencias, aquel soberbio dolor, aquellos sentimientos elocuentes, aquellas lágrimas oratorias con que, decian, asistian á los funerales del gran culto. Durante diez y ocho siglos (segun ellos) el Cristianismo habia establecido el mundo social; mas hoy, terminada la educacion del mundo, su papel habia concluido; necesita la sociedad de una religion más vasta, más comprensible y más en relacion con sus necesidades; y para dar el triunfo á sus designios, se obraban grandes conmociones. ¿Las formas políticas no deberian arrastrar en sus ruinas la forma religiosa, que algunos por imprudencia se habian prestado á identificar? Tales eran sus esperanzas; pero las habian concebido con demasiada ligereza, y no sabian que los destinos de la política y los de la religion son muy diferentes; la una es variable, la otra inmutable: la una humana, la otra instituida por Dios! Mil y ochocientos años han pasado: y ¿qué ha sido de aquellos que predecian el desfallecimiento de nuestra fe? Anunciaban la muerte del Catolicismo, y éste con su brazo invencible colocaba encima de ellos la piedra que cerraba el sepulcro donde dormirán para siempre!

Sin embargo, hermanos míos: un error jamás concluye al tiempo que su autor: rara vez se arroja al mundo una idea que no produzca frutos: aún hoy, hay hombres que quieren llevar el luto del Catolicismo. El Catolicismo ha muerto, dicen ellos; el Catolicismo, decimos nosotros, presenta á la vista de todos pruebas brillantes de vida y de divinidad. Léjos de nosotros atenuar las heridas siempre sangrientas de la Iglesia. Sí: la Iglesia, bajo algunas relaciones, sufre mucho hoy, y está bien humillada. La indiferencia, enfermedad terrible, se ha posesionado de nuestros corazones. Todo se reasume en esta palabra: hay necesidad de disfrutar. La sociedad escucha estúpidamente el ruido del martillo que yende su conmovido pasado, recortándole á yo no sé cuál remedo facticio, cuando sólo la fe puede salvarla. Se han verificado defecciones, nacidas de las pasiones y del menoscabado orgullo exhumado del fango en que yacian las blasfemias del siglo XVIII. Males graves en verdad; pero ¿son capaces de aturdir á los que tienen fe? La religion, lo mismo que el hombre, debe sufrir para descansar; su descanso y su triunfo están en el cielo; pero en la tierra debe llorar, debe luchar con nosotros en la arena sangrienta: este es su destino, esta su necesidad. Ella lo sabe y no retrocede á la vista de su suerte. ¿No está escrito en nuestros Libros santos: «Vosotros

sereis prensados en el mundo; pero id con mucho valor: Yo he vendido al mundo, y el discípulo no está sobre su maestro: si se me ha perseguido, á vosotros se os perseguirá: habrá tiempos de error y de corrupcion, en que algunos arrastrarán á muchos: es menester que haya herejías para que pueda discernirse cuáles son los escogidos.» Estas palabras y otras mil no han pasado; porque ántes faltarian el cielo y la tierra que un ápice de la divina ley. Pues bien, hermanos míos, aquellos que combaten el Cristianismo cumplen con sus destinos inmortales: otros vendrán despues, y nosotros los esperamos sin temor, porque lo porvenir no está velado á los ojos de la Iglesia: ella percibe una larga cosecha de tribulaciones, y la túnica del mártir es siempre su esperanza: pero si se mira por una parte la humillacion, ¿no se ve el triunfo por la otra? Observadlo. Todo ha muerto en nuestro siglo: ya es viejo y en estado de desfallecimiento: miles de sentimientos se han marchitado en el corazón del hombre; mil pensamientos orgullosos han desaparecido despues de haber levantado una poca polvoreda. La filosofía con sus propias manos ha enterrado desde veinte años á esta parte todos los sistemas que habia engendrado. ¿Qué veis en esos hombres que se separan de todo culto positivo? ¿No oís diariamente el grito de dolor que se escapa de sus pechos cuando ven á su lado creyentes que caminan con paso firme en la vida, y exclaman: «Felices los que creen?» Y tienen razon. Aquel que viene á prosternarse á la sombra vivificadora de estos altares, y que comunica con Jesucristo, que le sostiene y consuela, es mil veces más dichoso que esos sábios rodeados en un exterior de gloria, pero que no encuentran en su alma más que un sepulcro, donde no remueven sino cenizas frias y los restos de todo lo que hace el hombre mortal. Levantaos vosotros, entrad en la patria celestial; allí hay lugar entre los brazos de la religion para todos los que prodigan su sangre por ella.

Ahora bien: esta fe que los sábios de la tierra no tienen, el Cristiano la posee: nada le espanta: ni las amenazas de sus enemigos ni las defecciones de sus amigos: sin medio ni ostentacion camina con paso firme hácia el punto que Dios le señala en lontananza. Este es un espectáculo que ofrece mucha sublimidad, así como la de esta Iglesia incésantemente asaltada de las más terribles borrascas, y que explica con simplicidad á sus hijos todos los dias las promesas de la inmortalidad. La duda hace fluctuar al siglo en derredor de ella; pero permanece inmóvil como la roca en medio de las olas: oye todas las predicciones de la muerte, y su fe no se altera: se ataca su símbolo, y repite amorosamente todos los artículos: se le proponen transacciones dogmáticas de que deben (dicen) reportar inmensas ventajas, y

responde con una constancia invencible: se la imponen en más de un paraje cadenas doradas, y sus lábios no se despegan; pero que se toque en algo á la fe, é inmediatamente se la ve estremecerse, y levantando su frente cicatrizada en el martirio, su mirada espanta todas las opresiones. Esta fe es tan viva, que cada dia inspira sacrificios heróicos, y para no ver un milagro, sus enemigos cierran los ojos. Ella sola en el mundo tiene diariamente el honor de la persecucion y del martirio, de suerte que en todos los siglos puede decir: «Mirad el cadalso: aún está teñido con la sangre de mis fieles.»

Pero, si la fe se halla solo en nosotros, ¿queda apagada en nuestro corazon esa llama divina de la caridad? ¿Quién se atreverá á pensarlo? ¿Quién osará meter la mano en el pecho de la Iglesia y decir: su corazon está helado? Que se me nombre una necesidad que ella no pueda satisfacer, un disgusto que no pueda consolar, una lágrima que no tenga el secreto de enjugar: que se me designe un rincón oscuro de la tierra que su influencia no haya regenerado. Sin duda que aquellos que se envuelven en su egoismo á fin de declamar una de sus palabras sobre las llagas actuales de la sociedad, lo ignoran; pero los desgraciados y los afligidos lo saben bien. Cuando una grande afliccion viene á destrozár de golpe la existencia, ¿á quién se recurre? ¿Va uno á consolarse con las teorías de la incredulidad actual? Al seno de la religion siempre palpitante para las miserias humanas. ¿Quién va al lecho del moribundo á darle palabras de esperanza y á recoger su arrepentimiento? Cuando una calamidad se extiende por el mundo, ¿quién se tiene por feliz en sacrificarse por sus hermanos? ¿No se ve todos los dias al sexo débil abandonar los goces de su familia para consagrar sus vigilias al alivio del dolor? Mirad esa porcion de obreros evangélicos que toman cada un año el báculo del viajero con una mano y la cruz con la otra. ¡Oh, no! el soplo sagrado no se ha apagado en ellos, la religion que ellos predicán no es una religion muerta. Buscan almas inmortales para poder salvar; y luego, cuando sus pasos recaigan fatigados, en defecto del martirio, un poco de tierra extranjera para dormir en paz á la sombra de la cruz!

Hay pues fe, y hay caridad en el Catolicismo.

La vida, la poseemos nosotros solos. Yo paseo mis miradas hácia otra parte, y no descubro sinó corazones lánguidos y convicciones que se mienten á sí mismas. Diariamente no veo sinó muertos que se esfuerzan por sacudir sus paños mortuorios para hacer creer que viven, al ménos que la vida no consista más que en amontonar las ruinas de cuanto es sagrado, hasta que Dios aniquila al imprudente demolidor.

Pero, permitaseme ántes de concluir, echar una mirada sobre la religion en el mundo. Por todas partes la vereis adelantarse llena de fortaleza y de fecundidad. ¿Qué vemos en Europa? El Catolicismo repara las ruinas del edificio religioso, conmovido por una revolucion de tres siglos: él abre sus brazos todos los dias, y los vuelve consoladores y gloriosos; posee millones de almas que permanecen fieles, y reina en Austria, en Baviera, en Bélgica, y en España. La Inglaterra parece asombrada de lo que se obra en las inteligencias. La sangre de los mártires que la regó en otro tiempo, no ha gritado en vano. Privada la Irlanda tan largo periodo de sus derechos y reducida al hambre, no ha conservado más que una cosa, y esta cosa es una cruz desnuda en su pecho tambien desnudo; esta cosa es su fe, que la hace gloriosa en el universo. En un vasto imperio, en nuestro siglo, se ha encontrado un poder que no ha temido al borron impregnado en la frente de los perseguidores; pero que no se vanaglorie demasiado, pues la verdad no se encadena por largo tiempo. Bien pronto la abatanada por el miedo estallará como el licor espirituoso que quiebra el vaso que le aprisionaba.

Volved ahora vuestras miradas hácia la América. Allí tambien el símbolo católico se levanta radiante. ¿Quién podrá distinguir los tiempos reservados á la religion en las nuevas tierras de la Oceania? Ya ha puesto su pié en tierra africana, y se adelanta paso á paso por ese suelo ardiente, para proporcionar á sus tribus salvajes la libertad espiritual y un rango entre los hombres. Dentro de su tumba de catorce siglos, S. Agustín se ha estremecido. Y despues, oíd los cánticos de victoria en el seno del Asia Oriental, porque allí, como en los tiempos antiguos, la religion viste la túnica del martirio, y envia sus hijos al cadalso, y aunque muere, renace más poderosa. La sangre de los mártires es la semilla del cristiano.

No, no. La Iglesia está todavía dotada de su poderío; su influencia se ejerce por todas partes; sus enemigos lo saben bien, á despecho de sus palabras, porque al mismo tiempo que propalan su decadencia, reclaman contra ella leyes que detengan su progreso, que arranquen la infancia á su enseñanza, y que cierren la boca á sus predicadores. Si la Iglesia forma un signo, mil voces se alzan para manifestar el peligro. No nos sorprende: un signo de la Iglesia, una de sus miradas tienen más poder que todos esos sistemas de filosofia anticristianos que han muerto ya, y que aún ignoran sus contemporáneos. Sea lo que quiera, nosotros tenemos por ahora una tarea sagrada que cumplir: á saber, la de mostrar á nuestro siglo lo que es la fe, y que consiste en reunirnos fuertemente en torno de la reli-

gion, dándole nuestros corazones y nuestras vidas si necesario fuese. También os toca á vosotros un gran sacerdocio : el de dar esos sublimes ejemplos victoriosos siempre de desinterés, de pureza y de la caridad que se inmola. ¡Felices aquellos que llenen esta noble misión!

Con todo esto, hermanos míos, pensando en el triunfo externo de la religión, no olvidemos que hay uno más inmediato, más próximo. Su triunfo es vuestro corazón. Amen.

## FIDELIDAD EN LAS COSAS PEQUEÑAS.

*Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis erit.*

Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho.

(LUC. XVI, 10.)

El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza sembrado en un campo. Este grano, el más pequeño de las simientes, crece y llega á ser un árbol en cuyas ramas van á descansar las aves.

Lo que es bueno progresa y es fecundo, no sólo porque produce el bien, sino porque, según el libro de la Vida, es acreedor á la bienaventuranza.

Lo bueno engendra el bien.

Nosotros podemos, carísimos hermanos, avanzar ó retroceder en el buen camino. Dios nos ha concedido el libre albedrío para poder añadir á los méritos de nuestro Salvador algunos méritos propios. Si nuestros actos no tuvieran mérito alguno, si nosotros no fuéramos más que unas meras máquinas, lejos de ser semejantes á Dios, nos asemejaríamos á los animales; y en este caso, el primer hombre no habría desmerecido más que una loca balanza, que un reloj descompuesto, y, por consiguiente, la reparación del hombre por la encarnación del Hijo de Dios sería absurda, y la ley divina inútil.

Mas, ¿hasta qué punto somos libres? Nadie puede decirlo exactamente. Sin embargo, ¿quién no recuerda la hora ó el momento de su infancia, en que se dijo á sí mismo : he obrado bien, ó mal; he merecido elogio, ó reprensión; castigo, ó premio?

Si, pues, no nos es dado apreciar lo que nuestra nativa flaqueza y

nuestra organización corporal quitan á nuestra libertad, tampoco podemos negar nuestro libre albedrío, puesto que instintivamente lo sentimos en una edad en que los sofismas no habían todavía podido turbarnos el espíritu, y que cada día sentimos, y hasta nos mostramos satisfechos de haber obrado bien.

Voy, pues, á hablaros hermanos míos, del ejercicio de la libertad; vereis cuan injustas son las quejas que el mundo dirige á la Iglesia, cuando la acusa de sobrado minuciosa y reglamentaria, y cuan verdadera es aquella sentencia de los santos Libros : « El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho. » Pidamos ántes los auxilios de la gracia : A. M.

1. Sucede, queridos hermanos, con el ejercicio de la libertad, lo mismo que con el estudio de otra facultad cualquiera. No quisiera se creyese que voy á entreteneros con un juego de palabras; empero no puedo menos de deciros que, en la práctica, el más ámplio y fecundo ejercicio de la libertad consiste en hacer metódicamente las cosas, hasta las más pequeñas.

Digo, metódicamente; palabra árida, y por lo mismo que huele á escuela y á sabiduría humana, parece que se aplica mal al tratarse de cosas de Dios. Desengañaos, carísimos hermanos, y desconfiad del capricho, de la irreflexión y de la imaginación en las prácticas cristianas. No presteis oídos á ciertas inspiraciones ántes de haber adquirido el hábito de conformar vuestra voluntad á la de Dios.

El método de que voy á hablaros creará este hábito, y entonces, así como el sábio que ha estudiado con perseverancia, no descuidando nada en su estudio, aplicando en toda ocasión lo que ha aprendido, examinándose, por decirlo así, cada día, llega á poseer verdaderamente la ciencia, de suerte, que ninguna necesidad tenga de recordar textualmente los libros que ha consultado; no de otro modo el Cristiano, perfecta y metódicamente instruido en el ejercicio de su libertad en vista de la voluntad de Dios, acabará por posesionarse completamente del espíritu evangélico; todo le será fácil en la práctica del bien, que formará en él como una segunda naturaleza; y sólo entonces podrá prescindir de preguntarse á cada instante : ¿ es esto bueno? ¿ he obrado bien?

El método que os propongo, hermanos míos, método que puede adoptarse en cualquiera edad, por poco adelantado que se esté en la vida espiritual, consiste en tres cosas :

1.ª Resolución firme de someter en todo nuestra voluntad á la voluntad de Dios.